

El inconcebible universo

Sueños de unidad, de José Gordon

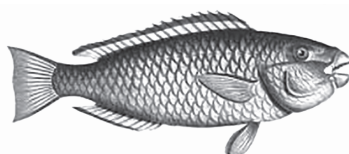
Pablo Espinosa

En el libro *El inconcebible universo. Sueños de unidad*, de José Gordon, editado por Sexto Piso con ilustraciones de Patricio Betteo, podemos ver, junto a los ciegos, Borges y Homero, el inconcebible universo.

Sordos, escuchamos todos el canto de las estrellas, la “matemúsica” de Amos Oz. Mientras leemos este libro, los poros de nuestra piel son túneles cuánticos y transpiran a través de ellos caudales de fluidos mercuriales. Saboreamos la sopa de *quarks* y gluones devenidos protones, neutrones y núcleos, una millonésima de segundo después del *Big Bang*. Oteamos la teoría de las supercuerdas, ese componente esencial de las partículas subatómicas y de todas las fuerzas de la naturaleza. Es entonces cuando cruzamos la cuarta dimensión (la del tiempo) y, merced a la Teoría de Cuerdas, a otras seis dimensiones espaciales. Mas, gracias a la Teoría M, llegamos a once dimensiones (incluyendo el tiempo). Todo eso ocurre en el libro *El inconcebible universo. Sueños de unidad*, de José Gordon.

Arte y ciencia. El deseo de entender. El poema “Piedra de sol”, de Octavio Paz, el nivel donde podemos sentir la verdad del verso de ese poema: “adonde yo soy tú somos nosotros”. José Gordon nos conduce, como un hipnotista, o mejor, como si entonara para nosotros una canción de cuna, hacia el sueño de Einstein, para descubrir un campo unificado de todas las fuerzas de la naturaleza. Los testimonios que brinda este espléndido ensayo de José Gordon son susurros, soplidos, suspiros que mantienen la flama del sueño ardiendo.

En este libro, la Teoría del Todo de Stephen Hawking sigue arrullando el sueño de Albert Einstein, mientras Pablo Neruda entona su *Oda a una estrella*. Soñamos en este libro los sueños que soñaron



Leonard Susskind, Edward Witten y Alberto Güijosa en un mundo de cuerdas. Porque estamos hechos de cuerdas. Vibramos. Soñamos. Los sueños de Juan Maldacena, Gerardo Herrera, Fabiola Gianotti, Sean Hartnoll se unifican y del bosón de Higgs viajamos al laberinto del cerebro con Henry Markram y su física con ojos de gato y las geometrías recurrentes y unificadoras de Uri Alon en la biología.

Dostoievski, Picasso, José Emilio Pacheco, Isaac Bashevis Singer, Fernando del Paso, Roberto Calasso, Walt Whitman, Julio Cortázar... Este libro es una estancia propicia donde todos estos personajes sueñan que nos sueñan y nosotros soñamos que los soñamos. Asistimos en estos sueños, en estas páginas, a la intuición de que podemos abrir los brazos en una habitación y otros brazos se abren en otra muy lejana, de la misma manera que un electrón puede estar en dos partes al mismo tiempo. Y el abrazo se completa.

La fascinación de la física cuántica nos hunde, en este libro, en un profundo y placentero sueño. Los capítulos se suceden en un orden acucioso pero los temas van y vienen y aparecen en el lugar y momento adecuados, como en los mejores sueños. Por ejemplo, soñamos que jugamos con los 81 cubos de diferentes colores que inventó en 1888 el matemático Charles Hinton. Y de pronto estamos soñando que vemos a Borges soñar que es el niño que juega con esos cubos y lo vemos, en el sueño de su sueño, bajar unas

escaleras y encontrar una maravillosa esfera de casi intolerable fulgor y vemos, en el mismo sueño, cuando Borges se sienta a escribir, a partir de esa experiencia, un cuento que titula “El Aleph”, donde ubica, como en un holograma cósmico, un punto que contiene todos los puntos del universo. “*El Aleph* —escribe José Gordon— es una miniatura del poliedro al que ha entrado. Lo toma en sus manos. Tiene el privilegio de ver lo que sus ojos ciegos no verán de nuevo”.

Es un libro bellissimo. Lloramos con Borges cuando vemos, cuando él lo ve, el inconcebible universo, y salimos disparados en un túnel a cien metros bajo la superficie de la Tierra, en el Gran Colisionador de Hadrones, donde exploradores hacen chocar millones de protones y surgen fuegos artificiales que buscan una “brizna de luz entre la noche cósmica”, esa partícula clave —escribe José Gordon— “para entender cómo la energía se transforma en materia y cómo se amasan los cuerpos de unos amantes para que puedan tocarse”.

José Gordon construye un aparato narrativo preñado de belleza. Su prosa dúctil abraza otras escrituras, en un entrelazamiento cuántico como el que narra en sus páginas. Su porosidad permite penetrar la poesía de Walt Whitman por igual que entran Amos Oz, Isaac Bashevis Singer, una pléyade hermanada en el ritmo y la armonía de este bello texto de 235 páginas. El fluir del texto nos hace disfrutar de los saltos cuánticos, las luces de artificio de la colisión de hadrones, el tejido fino de una prosa que reproduce la experiencia del sueño.

Al terminar las páginas, abrimos los ojos y nos percatamos de que, durante

la lectura, hemos llorado, reído, nos hemos asombrado, hemos aprendido. Conmovidos, sumamente conmovidos, nos preguntamos: ¿Leímos este texto durante el sueño, o más bien lo soñamos en la vigilia?

Una parte de este magistral aparato narrativo es un mecanismo que nos remite a los aedas de la Grecia antigua. El Canto I de *La Ilíada* lo inicia Homero así:

“Canta, oh diosa...”

En su estremecedora composición “A Hard Rain’s A-Gonna Fall”, Bob Dylan retoma ese recurso, transformado así, como una gran invocación al canto homérico: *Oh, where have you been, my blue-eyed son?*

Y luego torna el aparato narrativo a: *Oh, what did you see, my blue-eyed son?*

Como una gran preparación para el clímax: “Y vi a un recién nacido cercado por lobos salvajes / Y vi una carretera de diamantes desierta / Y vi una rama oscura de la que manaba sangre / Y vi una habitación llena de hombres con martillos sangrando”.

Y Robert Zimmerman vira: “Oh, ¿y a quién encontraste, hijo mío de ojos tan azules? / ¿A quién conociste, mi joven amado?”.

Y la respuesta vibró en el viento: *I met a young woman whose body was burning / I met a young girl, she gave me a rainbow / I met one man who was wounded in love / I met another man who was wounded with hatred.*

¿Adónde quiero llegar con esto? A esto, al testimonio de Jorge Luis Borges, a su gran aparato narrativo: “Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo...”.

Y el clímax: “Vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo”.

Y lloré. Gracias al libro de José Gordon volví a ver el Aleph. Hasta aquí nos ha

traído el autor. Así escribe: “Y vi el Aleph, vi un punto que contenía todos los puntos del espacio. Y vi lo que Borges vio: que en el Aleph estaban todas las luminarias, todas las lámparas, todos los mantiales de luz. Y bajo una de esas luces vi a un periodista que una vez en Madrid le preguntó a Borges si era verdad que en Buenos Aires tenía un Aleph”.

Uno como lector, al menos yo, en fascinación frente a la escritura de José Gordon, puede verlo ver, y narrar: “Y vi en los sueños de unidad de la literatura y de la ciencia, y vi cómo las palabras vibraban como cuerdas diminutas y hacían flotar en el aire, por unos instantes, el Aleph, las formas prodigiosas de las geometrías Calabi-Yau, nuestros ‘yos’ entrelazados. Mis ojos, tus ojos, nuestros ojos habían visto el inconcebible universo”.

Estamos frente a una obra de arte literaria construida con el anhelo de saber, de entender. La acumulación de conocimientos es un tesoro del que José Gordon se despoja para ponerlo en nuestras manos, en nuestra mente. El autor abraza a sus lectores, uno a uno.

En su soneto 108, William Shakespeare canta: *What’s in the brain, that ink may character / Which hath not figur’d to thee my true spirit? / What’s new to speak, what new to register, / That may express my love, or thy dear merit?*

En su libro, *El inconcebible universo*, José Gordon nos explica: “Cuando Shakespeare describe la bóveda del firmamento en la noche nos dice que hasta lo más pequeño que se observa —al moverse— produce una sutil melodía angelical”.

Es la misma armonía que está en nuestras almas. Armonía. El libro *El inconcebible universo* es una gran lección de armonía, válgase el juego de conceptos con la partitura de John Adams que lleva ese título, *Harmonielehre*, “Tratado de Armonía”, o “Lección de Armonía”. Conviven en armonía los personajes de José Gordon: científicos eminentes, primeras figuras mundiales de la ciencia, escritores de obra colosal, y desfilan términos técnicos que el lector no especializado aprende, valora, sopesa, asume y suma a su propio léxico.

José Gordon alimenta nuestro anhelo de saber, de entender, de descifrar lo indescifrabable, “con la sencillez monástica de un pensamiento que se mueve dentro de una campana de quietud y silencio”, como él mismo escribe al anunciar el contenido de uno de sus capítulos. Aparato narrativo. Dramaturgia. Los párrafos que inician, en itálicas, cada capítulo del libro de José Gordon, son juegos fantásticos. Nos remiten por igual a los párrafos iniciales de *Don Quijote de la Mancha*, como el del capítulo tercero: “Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero”.

Nos remiten también al *Fausto*, de Johann Wolfgang von Goethe, quien también anuncia lo que veremos enseguida, como en el mismo inicio: “Os aproximáis de nuevo, formas temblorosas que os mostrasteis hace ya mucho tiempo a mi turbada vista”. Y más adelante: “Mi canto susurrante flota como arpa de Eolo; un escalofrío se apodera de mí”.

Cuando leo el libro de José Gordon, *El inconcebible universo*, veo su voz narrativa flotar como arpa de Eolo y un escalofrío se apodera de mí. Por ejemplo, cuando escribe/canta: “Y vi de nuevo el agujero en donde caía el conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Al internarme en el fondo de ese hoyo vi que desembocaba en un túnel donde se abría una puerta; y vi los vasos comunicantes entre todos los mundos. Todo ocurría instantáneamente. Todo estaba interconectado: el yo del poeta era el yo del lector. Cuando se tocaba una flor se perturbaba una estrella”.

Durante horas maravillosas, tomé entre mis manos el libro de José Gordon titulado *El inconcebible universo* y me sumergí en un delicioso sueño, y vi al ciego Borges ver, escuché el estruendo silencioso del estado primordial de la materia una millonésima de segundo después del *Big Bang*. Y vi diminutas ondulaciones en el espacio-tiempo, en la geometría básica del universo. Y vi las cuerdas, ese componente esencial de las partículas subatómicas y de todas las fuerzas de la naturaleza. Y vi, al leer este hermoso libro de José Gordon, el inconcebible universo.

Y al igual que Borges, lloré de emoción cósmica. **U**